

Nicolás Lynch/

EL GIRO A LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA

El giro a la izquierda que ocurre hoy en América Latina es un movimiento de reforma social y democrática que busca una integración de la región al mundo desde una posición de mayor autonomía de los Estados Unidos. Es un proceso producto del fracaso del llamado “Consenso de Washington” y supone por ello un esfuerzo por lograr una mejor consonancia entre la democracia y el mercado en la región que produzca una mayor justicia y equidad social. Este giro enfrenta tres posibles vías de desarrollo: la mayor democratización que parece ser el escenario dominante actual, la revolucionarización que combina la demagogia con la polarización frente a los Estados Unidos y la regresión neoliberal, la otra cara de la moneda de la anterior y el camino abiertamente promovido por la administración Bush.

1. *¿De qué se trata?*

Lo que empezó hace algunos años como movimientos ciudadanos de protesta y cambio de algunos gobiernos en la región empieza a consolidarse como una tendencia en la América Latina actual: un creciente giro a la izquierda con las características y los matices propios del mundo contemporáneo. Lula en Brasil, Néstor Kirchner en Argentina, Tabaré Vázquez en Uruguay, Michelle Bachelet en Chile, Evo Morales en Bolivia, Hugo Chávez en Venezuela, Daniel Ortega en Nicaragua y Rafael Correa en Ecuador, todos ellos presidentes de sus respectivos países hubiera sido un paisaje imposible hace diez años. Es más, allí donde la izquierda no es gobierno mantiene posiciones expectantes en la oposición: Andrés Manuel López Obrador con el Partido de la Revolución Democrática en México, Carlos Gaviria y el Polo Democrático en Colombia, etc.

¿Qué significa esto? ¿Acaso otro venda-

val revolucionario? Veamos los hechos. Lo que se ha dado son: políticas nacionales de reforma social y democrática que ponen énfasis en la distribución de los recursos, el desarrollo de programas sociales para combatir la desigualdad y la pobreza, una mayor autonomía en política exterior de los Estados Unidos e intentos de integración con agenda propia a la globalización. Todo ello como parte de un proceso en el que los gobernantes son cada vez más consonantes con los resultados electorales en sus respectivos países, sin atreverse a traicionar el mandato popular como sucedió, años atrás, inmediatamente después de haber sido elegidos con Carlos Menem en la Argentina y Alberto Fujimori en el Perú.

Esto que a algún observador externo podría parecer una situación relativamente normal en cualquier país o región del mundo donde predomine la democracia, significa, sin embargo, un cambio de proporciones en América Latina. El caso es que como reacción a lo que se consideró la década perdida, los años de la crisis de la deuda en la década de 1980, se desarrolló el espacio en la región para una feroz ofensiva neoliberal, entre mediados de los ochenta y fines de los noventa, que destruyó buena parte de lo que América Latina había logrado, para bien y para mal, a lo largo del siglo XX como integración social, economía nacional e institucionalidad democrática.

Esta ofensiva, bajo el guión del denominado “Consenso de Washington”, se dio casi paralelamente con el proceso de transición a la democracia y buscó ser para algunos de los teóricos neoliberales “la otra cara de la moneda” de lo que estaba sucediendo en la política. Sin embargo, neoliberalismo y democracia rápidamente entraron en colisión y se crearon las condiciones para los movimientos sociales y las alternativas elec-

torales que han empezado a modificar el mapa del subcontinente.

Paradójicamente, podemos decir que la razón del choque entre el tipo de economía de mercado que predicaba el Consenso de Washington y las democracias representativas que buscaban establecerse a partir de las transiciones ya estaba escrita en la teoría clásica de la democracia. Es imposible que en un régimen de desiguales económicos como es la democracia, se apoye en una economía que solo sirve a un sector muy reducido de la población, generalmente organizado a través de grupos oligopólicos (PNUD 2004). En esas condiciones este régimen de desiguales erosiona gravemente sus bases materiales y lleva a los ciudadanos a buscar nuevos caminos para reconciliar la economía con la política.

Ahora bien, el elemento detonante en esta colisión entre neoliberalismo y democracia es, como apuntamos, el carácter excluyente que la organización de la economía capitalista le impone al régimen político en América Latina. El Consenso de Washington dicta un tipo de capitalismo que no distribuye sino concentra el ingreso, que no extiende sino reduce el empleo, que no multiplica sino limita las posibilidades de hacer negocios, que no garantiza sino sustrae los derechos sociales de la mayoría. Este carácter excluyente se ve agravado en contextos donde se usa la reorganización neoliberal para organizar desde el poder verdaderas mafias que manejan la relación económica-política, como fue el caso del Perú de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos, la Argentina de Carlos Menem y el México de Carlos Salinas de Gortari, para mencionar solo los ejemplos más notorios. Estas mafias dieron lugar a lo que se denomina "capitalismo de amigotes" o en inglés "crony capitalism", profundizando el carácter excluyente de las recetas neoliberales.

Es más, esta forma de aplicación del modelo neoliberal se ha mostrado particularmente resistente a desaparecer como lo demuestran los casos peruano y mexicano.

En el primero, los dos gobiernos elegidos que suceden a la dictadura de Fujimori, encabezados por Alejandro Toledo y Alan García respectivamente, han hecho muy poco para modificar esta organización económica. En el segundo, con la elección altamente cuestionada de Felipe Calderón sobre el candidato opositor, Andrés Manuel López Obrador, quien denunciaba este tipo de arreglos delictivos en operaciones, por ejemplo, como las del salvataje de los bancos privados por parte del Estado mexicano.

¿Por qué considerar el giro que se está dando en América Latina como de izquierda? Porque recoge lo que ha significado el término, en la mayor parte de los casos, en América Latina en el último siglo, en el sentido de lucha por la democracia y la justicia social, de lucha por una mejor distribución de los recursos, especialmente económicos (Lynch 2005), en última instancia porque retoma la lucha que distingue a la izquierda en el mundo que es la lucha contra la desigualdad social (Bobbio 1996). Esto toma especial relevancia porque el subcontinente sigue siendo la región más desigual del mundo en la actualidad (PNUD 2004). Este significado se establece a contrapelo de la imagen revolucionarista dada por diversas improntas guerrilleras a lo largo del siglo XX que, salvo en el caso cubano, no llegaron en ningún otro lugar a establecer un camino "alternativo" a la democracia representativa. Esto último a diferencia de múltiples experiencias nacional populares, de carácter reformista, que construyeron las bases de las diferentes formas de democracia latinoamericana en la actualidad.

Pero el término no se plantea sin dificultades. Viejos conocedores de América Latina como Alain Touraine (2006) señalan que la división izquierda-derecha no es aplicable al subcontinente porque ella corresponde en realidad a los regímenes parlamentarios europeos. Además Touraine agrega que ningún país en América Latina, salvo Chile, se ha acercado a fundar una de-

mocracia social que reconozca los derechos de los trabajadores. Por último, señala su frustración con los llamados gobiernos de izquierda, menciona en especial al de Lula, que no habrían iniciado reformas que ataquen el problema fundamental de la desigualdad. Creo, sin embargo, que la división izquierda-derecha no se refiere solamente a la dinámica de un sistema político, sino que identifica también puntos de vista respecto de los problemas de un país, una región y el mundo en general. Por otra parte, es comprensible la frustración de Touraine, compartida por millones de latinoamericanos, sobre la lentitud en el combate a la desigualdad. Pero hay que tomar en cuenta que América Latina tiene experiencia en tomar atajos aparentemente más eficaces, las más de las veces con una alta dosis de autoritarismo, que a la postre han dejado la situación peor que al principio.

Sin embargo, ¿cuál fue el elemento catalizador que nos permite hablar hoy de un giro a la izquierda en América Latina? La caída del muro de Berlín y el fin de la guerra fría. Ambos hechos permitieron un doble proceso, por un lado el espacio político antes cerrado por la intervención estadounidense para el rebrote de la izquierda en la región y, por otro, la puesta al día de buena parte de esta misma izquierda para asumir, en mayor o menor medida, el camino de la democracia y las reformas para alcanzar sus objetivos. Los Estados Unidos ya no tienen el interés “estratégico” que desarrollaron en la región durante la segunda mitad del siglo XX y si bien se esfuerzan en intercambiar dádivas comerciales por colaboración en la “guerra contra el narcotráfico”, esta última no tiene la importancia para su seguridad nacional que tuvo la lucha anticomunista. Por otra parte, el proceso de puesta al día de la izquierda latinoamericana, si bien desigual, ha impactado profundamente en casi todos los países, poniendo a la democracia política en el centro de casi todas las estrategias de cambio social.

2. *La negación de la tendencia y el calificativo populista*

Empero, existe polémica sobre casi todos los puntos en cuestión. Para empezar el célebre sociólogo y ex Presidente del Brasil Fernando Henrique Cardoso (2006) no cree que se esté desarrollando una tendencia regional, sino que privilegia la consideración y el análisis de procesos nacionales. Efectivamente siempre podemos llevar la excepcionalidad de una historia nacional al extremo, pero éste es un recurso metodológico que aplicado de manera absoluta nos llevaría a negar la existencia de América Latina. El argumento que promueve la excepcionalidad nacional quiere en el fondo negar la tendencia. Si los países más grandes de la región: Brasil, México y Argentina; y países de mediano tamaño pero también muy significativos: Chile, Venezuela y Colombia; hasta países considerados pequeños como Uruguay, Bolivia, Nicaragua y Ecuador; tienen gobiernos de izquierda, centro-izquierda u oposiciones significativas del mismo signo, es indudable que se tiene que considerar una tendencia que trasciende fronteras nacionales y tiene que ver con una historia y una dinámica regionales.

Pero la razón para negar una nueva tendencia en la región, está relacionada con el hecho de que reemplaza a la tendencia anterior, dominante en América Latina y definida por los cánones del consenso de Washington. Si reemplaza a la tendencia anterior pone en peligro las posiciones de poder que se avanzaron a su amparo en las últimas dos décadas y, en especial, el fortalecimiento de la hegemonía estadounidense que significó la misma. Por ello, no está por demás subrayar que el primer efecto de esta nueva tendencia es la mayor autonomía de la que goza actualmente América Latina con respecto a los Estados Unidos. ¿Cuál será el curso que tomará esta nueva autonomía? No lo sabemos todavía. Se abren varias posibilidades que buscaremos analizar en las siguientes páginas.

La crítica más dura, también de Cardoso

(2006), que niega la existencia del giro reseñado, señala que lo que sucede en la región es la multiplicación de gobiernos “populistas”. Este calificativo concede al uso más banal del término indicado que quiere señalar a estos regímenes clara y abiertamente como irresponsables. Para él, los ejemplos de estos populismos serían la Venezuela de Chávez y la Argentina de Kirchner, pero aclarando que deja fuera a gobiernos como el de Bachelet en Chile y Tabaré Vázquez en Uruguay, destacando el comportamiento económico más ortodoxo de los mismos. Para él, lo nuevo y peligroso sería el renacimiento del populismo en algunos de estos procesos y no una tendencia izquierdista dominante en la región.

Es interesante y sorprende esta referencia al populismo por alguien tan ilustrado y con un pasado más bien izquierdista como Cardoso. Populismo, como dice, divorciado de izquierda y referido a comportamiento político irresponsable. O sea, tal cual se ha usado en la literatura neoliberal de manufactura norteamericana en los últimos años, uso que ha sido ampliamente recogido y difundido por los medios de comunicación masivos. Sorprende, digo, porque los movimientos y gobiernos denominados populistas expresaron como movimiento social y político e incluso como gobierno efectivo a buena parte de la izquierda en América Latina en el período entre su nacimiento, alrededor de 1930, hasta su agotamiento en la década de 1970. Populismo no fue, por lo tanto, en la época, solo ni principalmente comportamiento político irresponsable, sino también políticas de inclusión democrática, reforma social y desarrollo económico nacional (Lynch 1999). Es cierto que en América Latina no todo populismo fue de izquierda ni todas las izquierdas aceptaron al populismo, pero pretender divorciar a la una de la otra a la luz de la experiencia histórica es negar a buena parte de la izquierda real que ha existido en la región. Ernesto Laclau (2006), por su parte, señala que populismo en la política latinoamericana

na refiere principalmente a la movilización extrainstitucional y que dada la precariedad de las instituciones en la región ésta es una conducta reiterada, no necesariamente negativa sino más bien una manera de expresar las demandas sociales de los sectores populares. En todo caso, nos señala, sería una reacción contra los estropicios del capitalismo neoliberal que es el causante de los problemas. Sin embargo, la disyunción entre populismo e izquierda en el pensamiento de Cardoso quizás esté en el rechazo que éste hace del nacionalismo populista o de los intentos de desarrollo autónomo que ensayaron estas experiencias en distintos países latinoamericanos a lo largo del siglo XX. El contraste, sin embargo, entre esos nacionalismos y la subordinación, incluso servil, de años recientes, deja mejor parados a los antiguos regímenes nacional-populares que a los más próximos ordenamientos neoliberales.

3. *La distinción entre dos izquierdas*

Definitivamente no se trata de un giro uniforme, hay características distintas en los diferentes procesos nacionales y también corrientes dentro de la tendencia. Por eso se habla de dos izquierdas, que hunden sus raíces en la historia de América Latina, así como en las distintas influencias ideológicas que han tenido estas corrientes en el último siglo. Se debe examinar, por ello, la manera como se entienden estas izquierdas porque de ello dependerá el futuro que se les avizore a ellas y a la región.

Una posición cercana a la de Cardoso, aunque aceptando el giro a la izquierda y la tendencia existente en la región es la de Jorge Castañeda (2006). Para Castañeda el origen del giro a la izquierda está en la desigualdad y la pobreza persistentes como un hecho estructural e histórico. Ello ocurre más allá de que las reformas neoliberales hayan sido eficientes o no, aunque acepta que las mismas han tenido un desempeño menor que el crecimiento endógeno de inspiración populista ocurrido entre 1940 y 1980.

Castañeda distingue entre dos izquierdas, una moderna que paradójicamente vendría de los antiguos grupos comunistas y otra equivocada que tendría su origen en el populismo. Para él, la primera sería la mejor forma de lidiar con los problemas de falta de bienestar existentes, debido a su nacionalismo moderado y su aceptación de las reformas económicas ortodoxas provenientes del Consenso de Washington. La segunda, en cambio por su nacionalismo extremo, su rechazo a la ortodoxia económica y su poco apego a las reglas democráticas constituiría un grave peligro que debe ser rechazado. En particular, Castañeda llama la atención sobre los intentos del presidente Hugo Chávez de escindir al hemisferio de dos partes, aquellos que están a favor y aquellos que están en contra de los Estados Unidos. Esta escisión, según él, podría llevar a un aislamiento que supondría una grave regresión para América Latina.

Otro autor que registra el giro a la izquierda es Teodoro Petkoff (2005), aunque a diferencia de Cardoso y Castañeda, señala que éste es producto del choque entre neoliberalismo y democracia, contradicción que sólo podrá ser solucionada con un programa avanzado de reforma social y democrática que vaya al fondo de los problemas de desigualdad y pobreza existentes. Para Petkoff este giro es posible porque el fin de la guerra fría hace que estos gobiernos de izquierda en la región ya no sean, en la visión norteamericana, un peligro estratégico para la seguridad de Estados Unidos. Considera por ello natural que la izquierda en conjunto busque una distancia de los Estados Unidos, por más que luego señale los importantes matices que existen al respecto.

En esta línea el autor resalta la existencia de dos izquierdas, una arcaica, que denomina “borbónica”, la que en su concepto “ni olvida ni aprende”, y otra moderna a tono con los tiempos y las posibilidades del mundo contemporáneo. Pero a diferencia de Castañeda ve las raíces de la izquierda

arcaica no en el populismo regional sino en el leninismo y la visión revolucionaria influenciada por la Cuba de Fidel Castro. Le preocupa de esta izquierda su autoritarismo, que personifica en Hugo Chávez, así como la demagogia de la cual hace gala el Presidente venezolano sin plantear ningún modelo social alternativo. Cree, más bien, que este giro a la izquierda, si asentara el liderazgo de una izquierda moderna puede alimentar positivamente un movimiento de reforma que exprese las profundas corrientes de redención social que existen en la región.

Se ha querido también distinguir entre estas dos izquierdas, en especial de parte del establecimiento mediático que las critica, por el ánimo fundacional que las distinguiría. Mientras unas, que están en el gobierno, han convocado Asambleas Constituyentes, como es el caso de Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y dentro de pocas semanas Rafael Correa en Ecuador, para según dicen, profundizar sus democracias; otras aceptan las democracias existentes y se desarrollan en canales establecidos. La conclusión sería que los primeros estarían cayendo en una tentación autoritaria al cambiar las reglas de juego con las que fueron elegidos, mientras que los segundos sí aceptarían el orden democrático al respetar las reglas que encontraron. La certeza del razonamiento es, sin embargo, relativa, porque no toma en cuenta los diferentes procesos nacionales. En el caso de Venezuela la democracia corrupta y ampliamente desacreditada a la que responde el triunfo de Chávez, en el caso de Bolivia el régimen de exclusión frente al que insurge Evo Morales, en el caso de Ecuador la crisis crónica de una democracia que produce casi tantos presidentes como años calendario. Caso distinto es el de Chile, Argentina y Brasil, que han tenido pactos constitucionales relativamente recientes y que responden a sistemas políticos con una tradición democrática mayor. Esto para no hablar del Uruguay, quizás el país con la más arraiga-

da tradición democrática en América Latina.

El ánimo refundacional tiene entonces que ver con una precariedad de la representación política más que con una tentación autoritaria. Ahora bien, que esto puede ser utilizado de distinta manera no caben dudas, habrá que ver cómo se conducen los respectivos procesos políticos antes de hacer juicios definitivos.

El giro a la izquierda tiene entonces una tensión que lo atraviesa y que no ha sido resuelta, la diferencia entre dos izquierdas, que más allá de las características comunes que desarrollan, se empeñan en seguir caminos distintos, lo que impide que esta tendencia tenga una marca definitiva y que podría, en un extremo, abrir las posibilidades para una regresión neoliberal. Este peligro es especialmente actual por la fuerza económica de Hugo Chávez que impulsa sus puntos de vista con los ingentes recursos que le brinda la explotación petrolera.

4. *La izquierda en el gobierno*

La izquierda en el gobierno se expresa de una variedad de maneras que tienen que ver con la historia política de cada país y especialmente con la fortaleza del sistema de partidos existente. Jorge Lanzaro (2006) nos va a decir que tenemos gobiernos social-demócratas, como podrían calificarse los de Chile, Uruguay y quizás Brasil; gobiernos de raíz nacional-popular, como el gobierno peronista de Kirchner en la Argentina y gobiernos de “viejo cuño” populista como el de Chávez en Venezuela. Evo Morales en Bolivia quizás sea una excepción, para muchos cercano al populismo de Chávez, para otros una excepcionalidad indigenista, como prefiere Cardoso (2006), difícilmente encasillable. En cuanto a Alan García en el Perú, más allá del pasado nacional-popular del partido que lo llevó a la victoria, el Partido Aprista Peruano, el continuismo económico y político con el neoliberalismo y las alianzas, claramente hacia la derecha que desarrolla, lo descartan como parte del giro izquierdista en la

región.

Los más social-demócratas entre estos gobiernos se basan en sistemas de partidos relativamente establecidos, los de raigambre nacional-popular en antecedentes populistas que se han modernizado democráticamente y los populistas de viejo cuño, en la continuación de experiencias anteriores o en la regresión al viejo populismo caudillista luego de algún fracaso democrático. Todos ellos, en menor o mayor medida buscan reformas al programa neoliberal, en ningún caso su abolición, políticas sociales más activas que combatan a la pobreza y la desigualdad y, aunque quizás con menos énfasis, apoyo a diversas formas de participación democrática que incluya a mayores sectores en el proceso de toma de decisiones.

¿Cuál será la clave del éxito para estos gobiernos? Parece haber dos modelos polares, al influjo de las dos izquierdas existentes. Por un lado, el modelo social-demócrata que encontraría su estabilidad en la pluralidad de su propuesta y en su capacidad de correrse hacia el centro para lograr el apoyo electoral más significativo. El gobierno de Lula es un buen ejemplo al respecto, ya que viniendo de la izquierda radical termina en el centro político exigido por el imperativo de la gobernabilidad, habiendo minimizado el efecto de sus disidencias izquierdistas y más bien ganado a un sector fundamental del electorado popular otrora audiencia de los sectores más conservadores. Por otro lado, el modelo populista radical, que se afirma en la polarización de las contradicciones tanto a nivel interno como internacional y tiene, como señalamos, el ejemplo de Hugo Chávez y en diferente medida el apoyo de los gobiernos de Evo Morales y quizás de Daniel Ortega. A primera vista diera la impresión de que el modelo social demócrata es el más adecuado y de menores riesgos políticos. Sin embargo, el empuje del modelo populista radical encuentra base en los recursos del petróleo venezolano así como en la grave-

dad de la agudización del conflicto social y étnico especialmente en países como Bolivia y Ecuador. Es difícil, por lo tanto, señalar hoy cómo se definirán las tendencias en el gobierno.

Una distinción importante para la viabilidad de cada gobierno de izquierda es el grado de formación del Estado en cada país, así como el nivel de identidad de la población con el orden estatal. Este es el problema al que Julio Cotler (1978) denomina la nacionalización del Estado y que nos presenta en América Latina casos más avanzados de identidad entre Estado y nación como pueden ser los de Chile, Argentina, Uruguay, Brasil o México; y casos en los que esta identidad es débil como Guatemala, Bolivia, Ecuador o Perú. Tal como señala Aníbal Quijano (2005), el elemento étnico tiende a jugar un papel central en el grado de identidad de su respectivas poblaciones con el Estado allí donde los Estados están históricamente más alejados de sus respectivas poblaciones y que suele coincidir –salvo México– con los Estados menos desarrollados, configurándose lo que Quijano denomina un fenómeno agudo de “colonialidad del poder”. Esto hace que donde existe un proceso avanzado de formación del Estado y una identidad con el mismo por parte de la población, tienda a haber mejores condiciones para la instalación de gobiernos de izquierda más democráticos. Esto se hace más difícil en países donde la distancia es mayor, ya que las contradicciones sociales no solo tienen un contenido económico y político inmediato sino también un importante componente étnico. Esta contradicción alberga un conflicto de primera importancia, irresuelto en el proceso de legitimización del poder del Estado en la región. Es más, hay autores como el propio Cotler que señalan el peligro de promover una polarización de contenido étnico porque ello podría llevar al desarrollo de conflictos muy difíciles de resolverse por medios democráticos.

Otro factor importante que concurre a

la definición del giro a la izquierda y la afirmación de sus respectivos gobiernos es la persistencia de otros gobiernos de abierto signo neoliberal, en especial en países donde le han ganado a alternativas de izquierda o centro izquierda. Este último es el caso de México con Felipe Calderón, de Colombia con Alvaro Uribe y del Perú con Alan García. Uribe y García no enfrentan en lo inmediato oposiciones significativas, por lo que su perspectiva neoliberal parece asegurada en el corto y el mediano plazo, cuentan además con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos que está vivamente interesado en un contrapeso a los gobiernos de izquierda, en especial a los que se alinean con Hugo Chávez. Distinta es la situación de Felipe Calderón que terminó casi empatado con López Obrador y que enfrenta no solo un opositor nacional sino múltiples movimientos al interior de su país, el más famoso de los cuales es el movimiento zapatista, que prometen hacerle la vida muy difícil.

En cuanto a las izquierdas que se quedan como oposiciones importantes, Andrés Manuel López Obrador con el PRD en México, Carlos Gaviria con el Polo Democrático en Colombia y Ollanta Humala con su Partido Nacionalista en el Perú, la suerte parece ser muy diferente para cada uno de ellos, dependiendo, a pesar de la alta votación obtenida en cada caso, del grado de institucionalización política en cada país. López Obrador es definitivamente el que más posibilidades presenta hacia el futuro, a pesar de la reciente transición mexicana luego de ochenta años de dictadura priísta. Esto se debe a la extensiva democratización de la vida pública ocurrida en México en los últimos veinte años. Gaviria y Humala vienen de contextos mucho más débiles y, como lo viene demostrando el último de ellos, las mayorías de un día pueden ser extremas minorías poco tiempo después.

5. *La tentación revolucionaria*

A pesar de que los hechos parecen señalar lo contrario, existe quien interpreta el

reciente giro a la izquierda como “un nuevo despertar de la revolución en América Latina” (Socialism and Democracy vol. 19, No. 3, 2005). Esta tentación revolucionaria proviene del importante papel que están teniendo los movimientos sociales y ciudadanos en la izquierdización de la región. Es indudable que sin la movilización popular hubieran sido imposibles los gobiernos y oposiciones de izquierda, en especial en países como Argentina, Venezuela, Bolivia, Ecuador o México. La consigna “que se vayan todos” fue emblemática de este giro en la Argentina, luego de la decepción frente al gobierno de Menem y los que lo siguieron; la resistencia popular al golpe de Estado contra Chávez en Venezuela que finalmente lo regresó al poder; la irrupción de las masas bolivianas contra la venta del país que quiso ejecutar Sánchez de Lozada; la prolongada movilización de millones de mexicanos por el fraude contra López Obrador; todos estos sucesos del fenómeno mayor que puso de nuevo a los ciudadanos como protagonistas. Empero, si antes frente a las crisis políticas la única salida era el golpe de Estado o las ilusiones de la lucha armada, hoy se han producido cambios de gobierno promovidos desde las calles pero que han respetado, al fin y al cabo, los cauces democráticos de la elección popular en su proceso.

La presencia de la movilización, sin embargo, tiende a ser identificada con revolución y el expediente para ello es calificar al movimiento como anti-sistémico. Por tal, “antisistémico”, el radicalismo suele entender contrario al sistema capitalista e incluso a la democracia representativa. Y no hay duda de que hay movimientos que tienen este carácter anti-capitalista. Sin embargo, en la historia de América Latina, en la mayor parte de los tiempos y casos, anti-sistémico ha significado anti-oligárquico más que anti-capitalista. De acuerdo a las banderas de los movimientos actuales podemos decir que, en su mayor parte, lo que la gente rechaza es la exclusión económica y social, con las consecuencias políticas que

ello implica en la configuración de democracias de baja intensidad, que promueve la versión capitalista neoliberal vigente. En el extremo se rechaza “el capitalismo de amigotes” que supone muchas veces el neoliberalismo imperante, llegando a la conspiración mafiosa, como ya señalamos, pero no al capitalismo como tal. Es más, los rasgos patrimoniales en los que muchas veces se apoya el modelo neoliberal, refieren más a un orden oligárquico de carácter tradicional que a uno burgués, moderno y competitivo.

Esta interpretación revolucionarista se centra por ello en el análisis de los movimientos y sus supuestas perspectivas en el mediano y largo plazo, dejando de lado la importancia que tienen las victorias electorales de izquierda y centro-izquierda y sus consecuencias ya como gobiernos para el cambio del paisaje político en la región. Asimismo, esta interpretación confunde el carácter ciudadano de los movimientos que han impulsado cambios de gobierno con las reivindicaciones parciales, tanto económicas y sociales como étnicas, que tienen distintos sectores en cada país. Estas últimas muchas veces fundan sus propios movimientos, que suelen ser limitados en su radio de influencia local o sectorial, pero que en el proceso terminan coadyuvando a la democratización en su conjunto. El horizonte de la mayoría de los movimientos sociales sectoriales es entonces la ciudadanía y el cambio político democrático, más allá de que alcancen o no sus objetivos inmediatos.

6. *Regresión, revolucionarización y democratización.*

Frente a este giro a la izquierda que como hemos señalado le da una mayor autonomía a la región creo que se abre un terreno de disputa donde tienen influencia tanto factores externos al subcontinente, como propios de América Latina e internos de cada uno de los procesos nacionales en cuestión. La convergencia de estas influencias podría

señalar hasta tres cursos posibles: la regresión neoliberal, la polarización revolucionaria y la profundización de la democracia.

La regresión neoliberal es la perspectiva a la que apuesta el imperio norteamericano y por la que trabajan Alvaro Uribe en Colombia y seguramente Felipe Calderón en México. Alan García en el Perú parece alinearse también en esta perspectiva. El proyecto de esta regresión es combinar democracias limitadas con un modelo económico excluyente al servicio de las economías desarrolladas. El modelo del Tratado de Libre Comercio que los Estados Unidos impulsa con estos países es el curso a seguir. Las posibilidades de una regresión o cambio de tendencia a partir de los gobiernos mencionados no son desdeñables tanto por la dimensión de los países como por su ubicación geopolítica. Un eje México, Colombia, Perú, con la eventual colaboración de Chile, conocido por sus acercamientos a los Estados Unidos a pesar de su Presidenta socialista, podría tener fuerza importante.

Las posibilidades de una regresión se acrecientan con el desarrollo de la tentación revolucionaria, sobre todo en la Venezuela de Hugo Chávez que parece tener el liderazgo de este camino. Hasta ahora el curso de Chávez ha sido la polarización absoluta con los Estados Unidos y la precipitación de zanjamientos políticos en la región a partir de señalar quiénes están con él y quiénes están contra él. Esta actitud caudillista se junta con la realidad de un proceso político donde se han producido pocas reformas de fondo y más bien se ha desarrollado una extensa red de clientela con el gobierno en funciones. Empero, la gran cantidad de dinero en efectivo producto de la bonanza petrolera lleva a Chávez a tener un poder muy importante. Los aliados más cercanos de Venezuela, por el momento, son Cuba y Bolivia y quizás Nicaragua y Ecuador, dependiendo de la actitud que tomen los recientemente elegidos Ortega y Correa respecto de las tendencias existentes. La Cuba de Castro, sin embargo,

se mueve con la cautela que le dan los años de protagonismo y Bolivia debe lidiar con graves conflictos internos antes de ocuparse de ser parte de una correlación internacional. El empuje es entonces grande pero las perspectivas, por la dificultad de conseguir aliados significativos, son limitadas.

La democratización, en cambio, parece ser el proyecto original de este giro a la izquierda y la tendencia que se mantiene en la mayor parte de los países que han tomado este rumbo. La democratización, sin embargo, parece ser un camino difícil porque supone antes que nada una nueva relación entre política y economía, es decir, dar cuenta del problema que origina su demanda. No se trata de una alternativa “anticapitalista” sino de promover una economía de mercado inclusiva, que a la vez que facilita la inversión y protege los derechos de propiedad, multiplique también el trabajo y respete los derechos individuales y sociales. El grado en que esto pueda alejarse del paradigma neoliberal actual seguramente es difícil de predecir y dependerá de la situación específica de cada país. Pero lo que sí es claro es que esta nueva relación supone una autoridad pública que sea efectiva reguladora de los mercados y que promueva al mismo tiempo la redistribución del excedente productivo. La democratización implica también promover la participación de la población en la vigilancia de aquellos que han sido elegidos como autoridades políticas y el estímulo a que den cuentas de su actividad. La proyección internacional de los gobiernos incursos en proyectos de democratización no es tampoco la sumisión a los Estados Unidos, pero ello no significa que alienten la polarización con el mismo. Por el contrario, como lo han demostrado los gobiernos de Brasil y Argentina en los últimos años, lo que buscan es la formación de bloques regionales que negocien en mejores condiciones con los países desarrollados y en especial con los Estados Unidos.

Los próximos años no serán tiempos

tranquilos en América Latina porque cada una de estas tres tendencias tiene bases de poder importantes. Un posible escenario futuro podría ser que ante la pérdida de espacio y eventualmente del gobierno por parte del conservadurismo imperial en los Estados Unidos, la tendencia regresiva pierda importancia y por lo tanto su contraparte revolucionaria, dando posibilidades a las fuerzas de la democratización para que puedan ganar terreno y hacer un buen uso del espacio de autonomía tan difícilmente logrado.

En conclusión, podemos decir que en la América Latina de hoy se vive un giro a la izquierda, como una tendencia dominante y clara pero no definitivamente asentada en la región. Esta izquierda, por lo demás, no tiene mucho que ver con la antigua izquierda latinoamericana, sea con las experiencias nacional-populares que nacieron en la década de 1930 o con el romanticismo guerrillero de treinta y cuarenta años más tarde. Es un giro a la izquierda que en su mayor parte asume las banderas democráticas y no tiene otro camino que el de la reforma social. En el plano internacional quizás su efecto más importante es el desarrollo de una autonomía con respecto de

los Estados Unidos que atrapado militarmente en otras zonas del planeta no tiene muchas posibilidades para retomar el control de la región.

Este giro afronta ciertamente desafíos, el principal de los cuales es ser exitoso en el gobierno de aquellos países donde la izquierda ha ganado elecciones. Un primer e importante paso es la consecuencia que muchos de estos procesos demuestran con el veredicto de las urnas. La traición reiterada de muchos candidatos y luego presidentes, que prometían políticas redistributivas y luego aplicaban ajustes neoliberales empieza a revertirse y eso es una buena señal para la democracia latinoamericana. Ahora queda la segunda y quizás la más difícil de las partes: reconciliar la economía con la democracia, creciendo, redistribuyendo y promoviendo la participación de la población. No existe una receta única para ello pero ciertamente el contexto es hoy más positivo que diez años atrás y si se consolidan bloques regionales que puedan negociar un ingreso conjunto de la región al proceso de globalización el futuro será aún mejor para la izquierda y para el desarrollo de América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

- Cardoso, Fernando Henrique.
2006 *Izquierda y Populismo en América Latina*. El Comercio. Lima, 18 de junio de 2006.
- Castañeda, Jorge G.
2006 *Latin American left turn*. *Foreign Affairs*, May/June 2006.
- Cotler, Julio.
1978 *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Lima: IEP ediciones.
- Lanzaro, Jorge.
2006 *La tercera ola de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la socialdemocracia*. Apuntes para una agenda de investigación. Instituto de Ciencia Política. Universidad de la República. Montevideo, Uruguay.

- Laclau, Ernesto
2006 *La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana*. Nueva Sociedad No. 205. Setiembre-Octubre. Caracas, Venezuela.
- Lynch, Nicolás
2005 *¿Qué es ser de izquierda?* Lima: Sonimágenes del Perú.
1999 *Neopopulismo: un concepto vacío*. Socialismo y Participación No. 86. Diciembre, 1999.
- Petkoff, Teodoro.
2005 *Dos izquierdas*. Caracas: Alfadil.
PNUD
2004 *La democracia en América Latina*.

Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos. Buenos Aires: Aguilar, Taurus, Alfaguara.

Quijano, Aníbal.

2005 *The challenge of the indigenous movement in Latin America*. *Socialism and Democracy*. Vol. 19, No. 3, 2005.

Socialism and Democracy. Vol. 19, No. 3,

2005. Edited and introduced by Gerardo Renique.

Touraine, Alain.

2006 *Entre Bachelet y Morales ¿existe una izquierda en América Latina?*

Nueva Sociedad No. 205. Setiembre-October. Caracas, Venezuela.